

PANAIT ISTRATI

La casa Thüringer

GRANDES CLÁSICOS



FUNAMBULISTA



«EL MÁS EUROPEO
DE TODOS LOS ESCRITORES»
CLAUDIO MAGRIS



La casa Thüringer

Panait Istrati

La casa Thüringer

Traducción y postfacio
de Ignacio de Llorens



Primera edición: septiembre de 2025

Título original: *La Maison Thüringer* (1933)

© de la traducción y del postfacio: Ignacio de Llorens, 2025

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2025
c/ Flamenco, 26 - 28231 - Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FC

ISBN: 979-13-990383-3-0
Depósito Legal: M-18700-2025

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Paisaje marino con el puerto de Constanza*,
Nicolae Vermont

Impresión y producción gráfica: Safekat

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

La casa Thüringer

PREFACIO A ADRIAN ZOGRAFFI
O LAS CONFESIONES DE UN ESCRITOR
DE NUESTRO TIEMPO

La historia de la vida de Adrian Zograffi, en media docena de volúmenes, hubiera debido constituir, en un principio, mi obra *entera*. Una obra literaria basada en el testimonio de un hombre maduro. Yo tenía cuarenta años cuando, en el verano de 1924, apareció mi primer libro, *Kyra Kyralina*. No es esta la edad para empezar en el oficio de escritor, y así lo hice constar en el prefacio. Tan solo estaba decidido a contar *un caso*. Y, aun así, necesité que Romain Rolland¹ me animara a hacerlo.

1. Romain Rolland (1866-1944) fue un escritor y ensayista francés influido por el hinduismo. Fue pacifista y ganó el Premio Nobel de Literatura en 1915, en plena contienda mundial. Es considerado el mentor de Panait Istrati.

Pero, desde que me puse a escribir, la violencia de mi temperamento arrastró mi razón como el viento arrastra una pluma. Me sentía inundado de gozo, sollozaba de felicidad ante la idea de que un amigo de una especie y de una talla que todavía yo desconocía quisiera que escribiera en *francés*. ¿Qué clase de francés? Ya lo he contado otras veces: el francés era un gorjeo cuya armoniosa melodía me encandilaba y que recién acababa de descubrir por mí mismo, descifrando a golpe de diccionario a Fénelon, a Jean-Jacques [Rousseau] y otros clásicos. Buscaba un instrumento rudimentario que me sirviera para entenderme con mis colegas suizos, pintores de brocha gorda. Y me desperté tocando una flauta de la que brotaban sonidos encantadores. Y luego ya solo faltó que un oyente como Romain Rolland me gritara: «¡Lánzate!». Y así lo hice, me lancé para complacerle, pues de nada me daba cuenta, pero dejé escapar de entre los dedos mi hilo de Ariadna y me perdí en un laberinto de historias maravillosas.

Cuando quise volver a mi *Adrian Zograffi*, a su existencia verídica o verosímil, me di cuenta de que mi flauta estaba rajada. Mi *Mijail* defendió mal su gran razón de ser: la *amistad*. Confundí la realidad y el sueño. ¿Carecía de inspiración? Quise probármelo: canté *Nerrantsula* y *Los cardos de Baragan*,² y fui muy aplaudido.

2. Libros publicados en 1927 y 1928, respectivamente.

Pero el gusano de la duda había penetrado en mi mejor médula. Rehuía el contacto con el alma de mi obra. Para alejar de mí al espíritu maligno arrojamos entre él y yo un puñado de jirones de vida: *El pescador de esponjas*, y luego mi último grito, *Tsatsa-Minnka*,³ que empieza con el encanto del pasado para expirar enseguida, como el canto del cisne. Y ahora me hallo aquí con los brazos balanceándose ante la vida de Adrian Zograffi, que debería ser sorprendente, pero que contemplo con mirada fría. El pobre hombre me inspira piedad. Para él no tengo *flauta*, dispongo de una *pluma*, como todos los escritores de mi época, que escriben para ganarse la vida más que por pasión, pero con dos insuficiencias que juegan en mi contra: ellos *saben* hacer «libros» y yo apenas sé; y, en segundo lugar, ellos escriben en su lengua materna, mientras yo doy palos de ciego rompiéndome la cabeza contra todas las reglas de una gramática que desconozco por completo.

Que no se figure nadie que hago estas confesiones con el propósito de mendigar no sé qué indulgencia del lector, de la opinión pública o de la posteridad. No son los demás quienes van a decirme quién soy o de qué puedo ser capaz. De ahí que, cuando me

3. Novelas de 1930 y 1931, respectivamente.

refiero a mis «insuficiencias», deben entenderse por tales mis *heroicidades*. Y aquí está la prueba, que someto concretamente al examen de esta juventud que me escribe para decirme lo muy feliz que debo sentirme.

Si *escribir* es un drama incluso para quienes saben hacer juegos malabares con su lengua materna y hacen de su vocación un culto, ¿qué no debe ser para mí, que, al escribir en un francés de fortuna, todavía hoy necesito acudir al diccionario Larousse para saber, por ejemplo, cuándo se debe utilizar *amener* y cuándo *emmener*?⁴ ¡Es un infierno! Avanzo como un topo obligado a ascender por una escalera que quema. Sufro y sudo por todos mis poros, pues no estoy seguro, casi nunca, si mejoro o empeoro mi texto.

¡Nuestros pobres destinos! Antes de ser escritor, he desempeñado muchos trabajos forzados, pero no sospechaba por aquel entonces que me quedaba por conocer el más inhumano de todos: el que se practica ante la admiración de la gente, y al final del cual naufragan al unísono el cuerpo y el alma. Sí, esta alma que tanto he defendido contra el asedio de las tareas obligadas, ¡y que ha sido mi más preciada felicidad! Hoy cada pedazo de mi alma se larga por su cuenta sin que yo pueda, como cuando era un obrero manual, salvarla de una muerte miserable.

4. *Amener* significa «llevar algo a alguien». *Emmener*, «llevar algo consigo» o «irse acompañado de alguien».

En esto consiste mi heroísmo al revés: *condenado a escribir*.

¿Lo he elegido yo, al menos? No. Al contrario que con *Martin Eden*,⁵ nunca he enviado un manuscrito a un editor o a un escritor. Los que hoy en día me envían los suyos me recuerdan la «gran suerte» que tuve. Ignoran que Romain Rolland batalló de enero de 1921 a mayo de 1922 para que me decidiera a escribir. Fue el primer rasgo de heroísmo que conocí de él: «¡Trabaje! —decía al hombre que acababa de salir del hospital de Niza—. ¡Yo debo mi salud al trabajo!».

Hasta entonces había abandonado siempre mis tentativas literarias en la página treinta o en la cuarenta, como mucho. Escribía en rumano y dejaba pasar años entre un escrito y otro. Tenía pánico al trabajo literario que no *surgiera por sí mismo*. Me figuraba que los novelistas escribían del mismo modo que canta el ruiseñor. Era una actitud cómoda que casaba muy bien con mi amor por el *dolce far niente*. No me gustaba el esfuerzo.

La voz de Villeneuve,⁶ con su tono diferente, me impresionó: cuando se tiene algo que decir y el don de hacerlo, renunciar es un crimen, y la pereza, una vergüenza.

5. Novela autobiográfica y naturalista publicada en 1909 por el estadounidense Jack London (1876-1916).

6. Localidad suiza donde vivía Romain Rolland, y donde el autor pasó dos semanas en su compañía en 1922.

Obedecí, pues, con entusiasmo. No obstante, desde el principio, el desconocimiento de la lengua me hizo pagar cara la alegría de escribir, y de escribir en francés. Mi pecho era como unos altos hornos, lleno de metales en fusión que buscaban salir, pero sin encontrar el molde que pudiera contenerlos. A cada rato retenía la materia incandescente para asegurarme de si se trataba de dos eles, una «e» grave, de dos pes o una sola, de un femenino o un masculino. Todavía no me explico cómo no me volví loco. ¡Cuánto oro noble desparramado por el suelo!

De este modo he escrito todos mis libros y toda mi correspondencia. ¿Ha habido antes, en la historia, un maldito escritor de esta clase?

Sin embargo, mientras el calor del crisol se mantuvo al máximo, los sufrimientos de mis dolorosos alumbramientos fueron soportables. Era el juglar ignorante, o más bien el zíngaro del violín de Braila que encajaba los insultos y las palizas en todas las bodas de campesinos únicamente por el placer de ver a todos los juerguistas quedarse, día y noche, con la mirada suspendida en sus labios de cantante, en el arco de su violín. Yo conocí esos ojos que escuchan. He amado esos ojos, son los que han hecho de mí un contador de historias.

¡Pero, ay, un día el encanto se rompió!

Me mezclé en los asuntos del mundo, debatía con mis amigos las ideas y los problemas de mi tiempo. Al principio me lo reprocharon con amabilidad, después, comoquiera que insistí, ya lo hicieron con desprecio. «¡Zapatero a tus zapatos!», me gritaron. Entonces me enfadé. ¿Acaso olvidaban que Adrian Zograffi había sido siempre un rebelde más que un contador de historias? No se olvidaban, pero querían que su rebelión fuera disciplinada. Esto me irritó más todavía. Nos peleamos. A mi regreso de Rusia, me separé de mis mejores amigos.

Mientras Egipto me rechazaba, Italia me arrojaba a los calabozos en Trieste y los amables pastores comunistas anunciaban mi apostasía a la Europa obrera, a la gente de mi clase social: «agente de la Siguranța⁷ rumana», «vendido a la burguesía». Les resultó muy fácil hacerlo en medio de un silencio que me mostró hasta qué punto un hombre está solo en la tierra.

Vanidad de vanidades...

Pero eso no fue todo. Como suele decirse, una desgracia nunca viene sola; suele venir demasiado acompañada.

En mi creciente aislamiento de esos últimos años, como mucho me quedaban un par de amigos, amigos de los primeros tiempos que habían

7. Policía secreta del reino de Rumanía.

desempeñado en mi vida un papel ejemplar. Los perdí de la manera más ignominiosa: ¡por el dinero!

Cierto que mis libros me habían reportado algo de dinero, el cual compartía, a medida que lo iba recibiendo, con aquellos, cualesquiera que fuesen, amigos o desconocidos, que se dirigiesen a mí. Con ello no hacía más que continuar con una práctica de siempre y de la que no tenía la exclusiva. En Oriente, sobre todo, la ayuda mutua tanto entre amigos como con desconocidos es cosa corriente, sin mayor importancia. Gracias a este apoyo no me morí de hambre. En este sentido, también Occidente fue sobradamente generoso conmigo.

Pues bien, mis más queridos amigos denominaron a esta práctica *disipación*. Parece ser que se debía guardar ese maldito dinero y comerlo en familia.

Aquí la riña se hizo a la manera oriental: repulsiva, soez, definitiva. De un lado y del otro las almas cayeron en la ignominia.

¿Y eso es todo? ¡Pues no! Hay algo todavía peor: *la* mujer.

Numerosas han sido las mujeres en mi vida. Las he amado. Me han amado. Y nuestras separaciones han sido siempre soportables.

Como siento horror del sufrimiento que proviene de la carne contrariada, el más embrutecido de todos, he hecho lo imposible para que, después

de una ruptura, el dolor no fuese mortal para ninguna de las dos partes.

Sí, he hecho lo imposible... Y lo he logrado, porque era yo quien sostenía las riendas. Pero llegó un día en que una mujer, la más importante de todas cuantas he conocido, la *mujer-compañera* de vida, me robó el mando del carruaje fuera de control. Vi llegar el desastre y le supliqué de todas las maneras que me dejara ir al diablo, adonde fuera, mientras el dolor era todavía compatible a partes iguales...

—¡No..., no! —decía ella—. No puedo vivir sin ti. ¡Mátame!

Entonces agaché la cabeza y le pasé las riendas.

Me condujo al borde del precipicio. Me escupió en la cara y me empujó al abismo sin previo aviso. Ella dejó de sufrir, estaba ocupada.

Era una mujer de mucho carácter. Mis amigos más nobles lo decían. Y yo mismo también estaba convencido de ello.

¡Oh, Señor, envía al hombre la peste, la lepra y todas las otras calamidades de la existencia, pero no le envíes una mujer de «mucho carácter»!

Casi perdí la razón.

Esto ocurrió durante el verano de 1930.

Ya no más ideal social. Ni más fe en el arte. Fin de la amistad. No más mujeres-compañeras de vida.

Solo, tumbado en la cama, con la mirada fija en el techo blanco de mi cabaña de Braila, pasaba los días y las noches luchando contra la locura y el suicidio. No me quería hundir. Quería *comprender*. ¡Comprender las monstruosidades de la existencia!

Creía haber vencido. ¡Una vez más! Pero no era así. Otro enemigo me acechaba: la tuberculosis... Ya no me acordaba de ella y me atacó por la espalda.

Una nueva lucha, pero esta vez sin éxito ninguno.

Estoy en ello.

Hoy, recluido en un viejo monasterio de los Cárpatos moldavos, desde donde escribo estas líneas, despotrico inútilmente, me parece, contra mi destino. Solo me quedan las bases de mis pulmones para respirar. Desde hace cuatro meses paso las tres cuartas partes del tiempo en la cama. No puedo dar doscientos pasos ni hablar cinco minutos sin ahogarme. Mi cuerpo no pesa más de cincuenta kilos y arde de fiebre. Conozco la tuberculosis desde hace mucho, pero nunca me había dejado postrado durante tanto tiempo y en un estado semejante.

Es grave.

¡Sin embargo, no puedo morir!

La parte más seria, más honesta de mi obra sigue en mis entrañas. No he nacido para distraer a la

gente, quiero instruir fraternalmente, pues dispongo de una abundante experiencia de vida. No necesito que me digan que los seres humanos no quieren ser instruidos. Sí quieren, pero por el ejemplo.

¿Por qué somos tan sensibles al triunfo del bien sobre el mal? ¿Por qué nos alegramos de la derrota del malvado? Ello se debe a que hemos nacido buenos. Pero este triunfo y esta derrota no basta con mostrarlos en las novelas, en el teatro o en las pantallas, hay que probarlos *en la vida*, cosa que rara vez sucede.

Y es tan infrecuente por dos motivos: de entrada, porque el ser humano, aunque ha nacido bueno, es también una criatura orgullosa, vana, egoísta; y, luego, porque es muy difícil comportarse con generosidad en la vida cuando la inmensa mayoría de los humanos hacen justo lo contrario.

Sin embargo, durante toda mi existencia, una existencia de las más penosas, la única acción que he conseguido llevar totalmente a cabo ha sido precisamente haber vencido esta dificultad y comportarme como un hombre generoso. Así es. Hoy que mi vida está a merced del más mínimo resfriado, puedo decirlo públicamente. Hurgad en mi existencia, encontraréis contra mí todo lo que queráis, pero no encontraréis en ninguna parte ni ocasión este defecto que es el causante de la desgracia de la humanidad: el *egoísmo*, el atroz

egoísmo que vuelve al ser humano insensible al sufrimiento del prójimo.

Y eso es todo, así es mi *Adrian Zograffi*.

Adrian probará, poniendo su vida como ejemplo, que no es absolutamente necesario tener una alma estoica o virtuosa para poder y deber vivir con generosidad. Es muy sencillo: la generosidad ofrece al alma más satisfacciones que el egoísmo.

La vida no es hermosa solamente porque se pone uno a salvo de la miseria en medio del sufrimiento universal, o porque se dispone de una magnífica mansión, o se está rodeado de hermosas mujeres y amigos halagadores, de elegantes limusinas y hermosos perros, como es el caso de la mayor parte de los artistas y de los moralistas de nuestro tiempo apocalíptico.

La vida puede ser más bella muriendo en un catre sin resentimiento, con la conciencia libre de toda carga vergonzosa, *después de haber tenido todas las posibilidades e incluso las ganas, a veces, de hacer como hace casi todo el mundo*.

Pues el mundo puede vivir sin carreteras, sin electricidad e, incluso, sin higiene corporal, pero no puede vivir sin almas limpias.

Adrian vivirá y morirá quizá en un camastro. La vida lo ha recompensado suntuosamente por haber

tenido una fe total en la generosidad. Esto se paga. Esto se paga con sangre.

¿Acaso podría acabar sus días en un palacio casado con una millonaria americana, cuando había sido su propósito salir al mundo para descubrir a un Romain Rolland y a un Georges Ionesco,⁸ y la vida, rica en milagros, le concedió a los dos?

Sí, pero... llegará un día en que se habrá de separar de los dos.

No solo la muerte separa a los hombres. Se producen malentendidos, capricho de nuestros temperamentos. Esto no cuenta, se olvida con el tiempo, con el transcurrir de los siglos. Lo que cuenta y no se olvida jamás ni se borra de la memoria generosa de los hombres son los grandes acuerdos, creadores de milagros.

Uno de estos milagros es el feliz momento en que los tres nos encontremos en la inmensa y negra masa de lo eterno.

Aquí dejo mi mano tendida... ¡y que cada uno muera en el lecho que prefiera!

Comprendí todo esto después de haber vivido dieciséis meses en la URSS, y después de haber vencido al suicidio y a la locura.

8. Georges Ionesco, el zapatero que acogió al autor en el sótano de su taller, en el 24 de la rue de Colisée de París, desde 1922, cuando empezó su actividad literaria, hasta 1930.

Comprendí que «nadie puede saltar más arriba que su sombrero», como dijo no sé quién.

Aunque solo sea un poco, hay que intentar ir más lejos. ¡Hay que intentarlo!

Pues tenemos delante, como un cadáver hediondo, la vida terrible de los seres humanos, capaces de devorarse, ay, unos a otros. ¿Acaso no es verdad que, desde que el mundo existe, toda fuerza que se eleva por encima de la masa humana, provenga de donde sea, de arriba o de abajo, no hace más que aplastar a su prójimo más débil? Pues bien, ¿dónde está escrito que esto deba ser así hasta el fin de los tiempos?

Ya sé, mis amigos sabios me remiten siempre a la biología y a sus leyes. ¡No y no! Si esto es lo que enseñan en las universidades, pues ¡abajo las universidades! Me niego a considerarme como un ave de presa que se nutre de la sangre de sus congéneres. Soy un hombre, es decir, la única de las criaturas animales que sufre con el espectáculo del sufrimiento de sus semejantes. No se me debe confundir con un pobre gavilán.

¿Entonces? ¿De qué sirven todas esas ciencias, todas esas artes, todo el estiércol de vuestras filosofías milenarias, si ni siquiera hemos llegado todavía a prohibir, bajo pena de muerte, el vivir de la sangre de nuestro prójimo? ¿Por qué, desde lo alto de vuestras cátedras de moral y de vuestros altares

religiosos, predicáis el Bien, la Justicia, la Belleza... ya que todos, del primero al último, no hacéis más que obedecer a las leyes de la biología del gavilán?

Pero todo esto ya está dicho y bien dicho, y la gente, ávida de justicia, lo ha sabido desde siempre, lo ha mamado y engullido. Y de todos los iconoclastas han hecho nuevos ídolos.

¿Con qué resultado? Ninguno.

O, mejor dicho: sí. Se ha creado un nuevo oficio, el más horrible de todos: el muy lucrativo oficio de artista o de moralista que vive de la sangre de la santa rebelión de los vencidos.

¡Ahora todo esto se ha acabado!

Veo nacer en la calle a un hombre nuevo, un mendigo. Un mendigo que ya no cree en nada, pero que tiene una fe total en las fuerzas de la vida. Y desde mi cama de enfermo —que este otoño puede ser mi lecho de muerte— le digo a ese mendigo lo que quizá a Adrian Zograffi no le alcance el tiempo a decirle. De modo que le digo: después de haber tenido fe en todas las democracias, en todas las dictaduras, en todas las ciencias, y después de haber quedado decepcionado de todas ellas, mi última esperanza de justicia social la deposité en las artes y en los artistas. Visto el gran poder que ejercían sobre las masas, esperaba que surgieran en las letras

los rebeldes colosales que se pusieran en la calle, al frente de las multitudes, encabezando la cruzada contra nuestra civilización bestial, desenmascarando todas las hipocresías, fuesen estas democráticas, dictatoriales, religiosas, científicas, pacíficas o moralizantes.

Pero nada de esto ha ocurrido, como es sabido. El arte es una superchería, al igual que todos los demás pretendidos valores. Yo mismo me he dedicado a hacer arte, y con algún acierto, así es que puedo decirlo cabalmente: es una superchería. El artista es muy parecido a un miembro del clero: predica lo sublime, pero va acumulando todas las monedas que puede y te abandona en las fauces del lobo para retirarse a disfrutar de su peculio, defendido perfectamente por esas mismas ametralladoras que te pide, solo a ti, que destruyas.

Eso es lo que son las artes y los artistas que te emocionan. ¡Unos charlatanes!

De modo que, cuando, ya jubilados, te exhorten a que te adhieras a esto y lo otro, soltando lágrimas sobre tu triste suerte, no hagas caso. No te adhieras a nada más. Ni siquiera a todas esas «patrias internacionales» que tan de moda están en este siglo.

¿Patrias? Abajo todas las patrias, nacionales o internacionales, con sus viejos y nuevos amos, sean estos demócratas o absolutistas. Abajo todos los

amos, abajo todas las patrias que siempre llevan a la muerte de unos para que vivan otros. Niégate a dar la vida por quien sea. ¡Crúzate de brazos! ¡Sábotéalo todo! Di a esos señores, sean los que sean, que vayan ellos a hacerse matar por todas sus patrias, esas que inventan a cada siglo y que se parecen tanto unas a otras. Tú, hombre desnudo, que solo dispones de tus pobres manos y de tu pobre cabeza, rechaza todo y a todos, a sus ideas y a su técnica; a sus artes y a su revuelta confortable.

Y si, con todo, te da por morir por alguien o por alguna cosa, ofrece tu vida por una prostituta, por un perro amigo o por tu pereza.

¡Viva el hombre que no se adhiere a nada!

¡Lector, tú que estás acostumbrado a mi arte, abandóname! Ya no tengo el gusto por el arte y, aunque me curase, ya no haría más arte.

Pero he aprendido en *Jean-Christophe*⁹ lo que no he aprendido en todos mis queridos libros de Balzac. *He aprendido a hablar con honestidad al hombre que cree en mí.*

En ese *Jean-Christophe* que leí hace trece años mientras embadurnaba tractores en Ginebra, en ese

9. *Jean-Christophe* es una novela en diez volúmenes de Romain Rolland publicada entre 1904 y 1912.

Jean-Christophe sobre el que Georg Brandes¹⁰ me escribió más tarde que «no era una obra de arte», *aprendí lo que debe ser un escritor honesto y lo que debe ser un lector honesto*.

¡Ahí es nada! Es mucho más que toda esa pesadez de *Divina comedia* y de *Fausto*. Sí, sí... Son muchas más las obras de arte que apuntan al cenit que las que te enseñan a comportarte honestamente en la vida. Iré más lejos: es más fácil exaltarse que tener simplemente sentido común, ese honesto y muy poco frecuente sentido común. Y luego, es necesario que cada época encuentre aquello que le conviene. Y creo que la nuestra, que precisamente es la más parca en obras que apunten al cenit, lo es por carecer de obras que enseñen a ser honesto, sin lo cual el mundo perecerá.

Todo esto me lo ha inspirado el ejemplo de *Jean-Christophe*. (No creas, lector, que quiero solo halagar a Romain Rolland. Sabes que éramos amigos. Pues, desde hace tres años, has de saber que ya no lo somos. ¿Por qué? ¡Oh, todos esos «por qué»! ¿Qué importancia puede tener? Lo triste es que ya no somos amigos).

Escribiré, pues, un *Adrian Zograffi* honesto, aunque tenga menos arte que *Jean-Christophe* y ninguna documentación.

10. Georg Brandes (1844-1927) fue un influyente filósofo, crítico literario, ensayista y periodista danés.

No habrá nada de parecido entre ambas obras, salvo, acaso, el alma.

El arte de mi Adrian será mi verdad, mi deseo de justicia. El documento: *yo, mi palabra*.

Quedas prevenido, lector.

Y no te digo, en el inicio de la serie, lo que se te dice habitualmente: que debes tener «paciencia», que debes esperar la «continuación» u otras bobadas literarias.

No, no hay que esperar nada. Encuentra lo que te satisfaga en cada volumen, y, si no es así, déjame enseguida.

PANAIT ISTRATI
Monasterio Neamtz,
julio de 1932